

EL MOSQUITO MEXICANO.

Las mejores instituciones de nada sirven, si se quedan escritas en el papel y existen solo para perpetuar en ridículo á la nacion. ¿Qué será, pues, del pais en donde el abuso se sobrepone á la ley?

(Tom. III.)

MARTES 14 DE JUNIO DE 1836.

(Núm. 20.)

INTERIOR.

El comandante general del departamento de Zacatecas, á las tropas de la guarnicion.

Soldados! El ejército mexicano que con tanto denuedo peleaba en Tejas por la integridad del territorio nacional, ha visto interrumpida por un momento su brillante carrera de triunfos y de glorias: setecientos de sus valientes fueron arrollados por un número triple de enemigos, y el general en jefe se halla prisionero. Este suceso desgraciado que hiere en lo mas vivo nuestro pundonor, no dudo que hará hervir la indignacion en vuestros pechos: no os recordaré para excitarla, tantos títulos como el ilustre presidente tiene á vuestra gratitud, ni los vínculos de honor que á él os ligan, cuando es víctima de la causa sagrada de la patria en una guerra nacional á todas luces, y cuando el territorio de la república se ve amagado de una pérdida incalculable.

En el principio de la lucha, nuestros astutos enemigos tenían siquiera el disimulo de apelar al pretexto de nuestras disensiones interiores, persuadiéndose quizá, que podrían engañarnos y vencernos con nuestras propias armas; pero ahora que han arrojado la máscara, que han declarado solemnemente su independencia, y que los nombres de *México* y *mexicanos* salen continuamente de su boca, asociados de los epítetos mas degradantes ¿quién no arderá en deseos de ir á lavar con su sangre tamaña afrenta!

El supremo gobierno se apresura á disponer el golpe terrible que va á vengarnos; la nacion toda se conmueve y empieza á desplegar sus mismos recursos. ¡Ay de los miserables que han tenido la desgracia de provocar su cólera!

Nosotros, que afortunadamente residimos en medio de un pueblo virtuoso y patriota, no podemos cooperar mejor á los esfuerzos comunes, que estrechando mas cada dia los lazos de nuestra confraternidad sincera y preparándonos á acudir á donde quiera que nos llamen el peligro, ó el honor de la patria, ídolo nuestro y constante objeto de los votos de vuestro compañero y amigo.

Zacatecas 29 de mayo de 1836.—*Fernando Franco.*

COMUNICADO.

Junio 1.º de 1836.

Sres. editores. Algo han dicho vds. en su *pecador Mosquito* de ayer sobre el modo con que se ha hecho

y se está haciendo la leva; y en efecto, si esta se hiciera como correspondia, de tanto vagamundo que solo sirven para semillero de ladrones, asesinos y malhechores, sin exceptuar los de levita ó frac, que no hay pocos, de esta vez quedaría México y las otras capitales de la república, purgadas de lo que les hace daño; pero el diablo que en todo ha de meter la cola por defender á los suyos hace que el remedio se convierta en daño, quedándose los pillos que debian evacuarse, y haciendo salir los artesanos y hombres de bien; porque así lo quieren y les conviene á los comisionados para este efecto, como lo acredita el suceso que vds. presenciaron de dejar pasar un *valedor* del levero, bien conocido por sus picardias, y echar el guante á personas ocupadas.

Las levas de vagamundos que debe hacerse en todas las grandes poblaciones, no está sujeta á los sorteos que están reclamando los periodistas de la *oposicion*, y habiendo tanta abundancia de esta polilla de las ciudades, no hay necesidad de ocurrir á los sorteos que á falta de vagos, debe hacerse de las personas ocupadas, llamadas por la ley al servicio de las armas; pero para hacerlas con utilidad pública, es necesario comisionar oficiales de providad é integridad, abandonando el sistema que se ha adoptado de echar mano para comisiones de esta clase, de hombres prostituidos y delincuentes, acostumbrados á obrar mal, de los cuales es absurdo esperar algo bueno. Las levas, repito, se deben hacer por partidas de tropa, disfrazadas para que los pillos no se escondan ó huyan de las pulquerías, vinoterías ú otros parages donde se reunen; y luego que hayan apresado algunos, depositarlos en las panaderías y tocinerías mas inmediatas, llevando orden por escrito para que en dichas casas los reciban, y de este modo se cogerán los pícaros, escusando vejaciones á los que no lo son.

En los villarcitos, especialmente el del Baratillo, no dejará de hacerse buena cosecha de pícarillos que tienen hecho su proceso con hallarse en esas casas; en las esquinas y otros parages públicos que son concurridos, casi siempre se hallan algunos *cucharerillos* de los que sacan relojes ó el dinero de la bolsa á los que pasan, para lo que se valen de hacerles *culebra*; así llaman en términos facultativos las *bolás* que arman á empujones y estrechándose unos á otros cuando han echado el ojo á alguno que pueden sacarle el reloj ó el dinero, por cuyo medio no se les escapa ninguno; en la esquina de los Flamencos y todas las inmediaciones de la plaza del Volador casi siempre se hallan apostados estos pícaros á quienes conocen bien las puesteras de la plaza; pero no los denuncian por el temor justo de su venganza, cuando es seguro que caen en libertad, por

que esta clase de victorias parece que se hallan exentas de la severidad de la justicia.

Si no resultare algun bien al público de lo dicho, por lo ménos quedará la satisfaccion de haberlo solicitado su servidor de vds.—Argos.

EL MOSQUITO MEXICANO.

MEXICO, JUNIO 14 DE 1836.

Sin incurrir en adulacion ni mentira porque no hay necesidad para ello ni son de nuestro gusto estas armas que suelen relucir en algun periódico, protestamos á los señores editores del Diario, que los apreciamos, y respetamos siempre sus producciones, que sobre todo mérito tienen constantemente el de procurar el respeto del gobierno y el decoro de la nacion, burlado el uno y mancillado el otro por la criminal osadía de unos cuantos vagamundos, colonos de México, por su desgracia, pues que son tan ingratos, como ambiciosos. En la injusta guerra que estos han provocado y sostenido contra sus benefactores y contra el gobierno mas blando y generoso que hay en el mundo, porque por el carácter nacional no puede ser otra cosa, por mas que se afanen muchos en negarle estas bellas cualidades, queriendo que la torpeza sea exclusivamente la causa de todos los males de que se resiente el país, y de la presente guerra; en esta decimos, los señores editores del Diario han sabido dirigir con toda prudencia la opinion pública, y excitar el corage del ejército que por tantas veces se cubrió de gloria en los penosos desiertos de Tejas; rindiendo fortalezas, que erguidas y altaneras desafiaban no á un canton de soldados descansados y provistos de todas las comodidades, sino á secciones de ellos que las mas veces hambrientos y fatigados por el vencimiento de una muy larga y penosísima jornada, tenían que buscar su cuartel tras de la muralla enemiga, dentro de las mismas fortalezas, para descansar entre los cadáveres de sus dignos camaradas y los de sus execrables contrarios. Tanto así costaron al ejército mexicano los laureles de la victoria. ¿Pero, qué ha sido de estos? Los marchitó, dicen, un azar de aquellos que son comunes en la guerra; mas nosotros decimos que NO fué azar de los comunes en la guerra; sino de los que forzosamente ocasiona un descuido, una imprudencia ó una temeridad, ya provenga esta de un excesivo valor, ya de la ambicion de gloria. La guerra, es verdad que es muy varia en sus resultados, porque es íntima camarada de la volable fortuna; aun cuando intervenga la mas acreditada pericia, pero tambien lo es, que hay en ella ciertos principios ó reglas incontrastables que oponer para precaverse de sus azares, y que no demandan singulares inspiraciones para evitar el mal, sino que basta por sí una comun prevision. El que recorre una campaña muy larga, penosa y arriesgada, buscando y venciendo al enemigo en sus atrincheramientos, no debe prometerse que ese mismo enemigo alguna vez no lo busque á él; y si vencido aquel en detall, y en los primeros escalones de su línea, huye luego de los demas, incendiando sus posiciones, señal segura es de que él tiene un punto de concentracion en donde sus fuerzas son ya mas compuestas y compactas para esperar ó salir á batir al enemigo tan luego como se le aviste, porque ya cayó entonces en el aislamiento en que antes se hallaba su contrario; porque ese ya venció jornadas que no deben tenerlo muy espedito para las maniobras, &c. &c. Y si hay un rio caudaloso de por medio, y si la seccion que se presta á la iniciativa, no lleva artillería que corresponda á la de este, ni caballería que descubra su frente y

apoye los flancos de su infantería que camina á la ventura; y si, para que el diablo no se ria de la mentira, el terreno es difícil y desconocido para la tropa que busca á su enemigo, y el general en jefe se entrega á obrar sin principios y sin plan, haciéndose por esto inferior á su rival en el campo de batalla, aun cuando al otro le sobre la resolucion, ¿cómo prevenirá las avenidas ignorando el terreno, cómo la retirada, si hay un rio á la espalda, como huir de una emboscada, ni cubrirse de una sorpresa? . . . Pero acháques quiere la muerte para llevarse al enfermo.

Mas estas observaciones estarian mejor en la pluma respetable de cualquier general mexicano, pues gracias á Dios los tenemos muy espertos y en tanta abundancia como las cuartillas, que no en la despreciable de unos pobres diablos que son lo último que significa en el mundo. Involuntariamente nos hemos ocupado de eso poco, no debiendo hacerlo sino del resultado hasta ahora de la campaña de Tejas, que ha sido nuestro propósito. ¿En qué han parado, pues, las glorias del ejército? En que desaparecieron á un solo golpe, llevándose tras sí la desgracia al general en jefe y á una valiente y escogida parte del ejército, tornando sus laureles en cadenas. . . . por no haber tenido la dicha de morir en el asalto de sus enemigos. En que los restos del ejército se han retirado á puntos fronterizos y muy distantes del teatro de la guerra, dejando al enemigo en aptitud de recorrerlo y reconstruir si quiere las fortalezas que habia perdido; en el de permanecer estacionarios en sus posiciones, mientras con tales treguas los colonos, ó mejor dicho, el Norte-América manobra sin el menor obstáculo hasta asegurar la usurpacion de Tejas, quedando en consecuencia perdida acaso para siempre esa parte preciosa de la república mexicana, mancillado su nombre, comprometida su existencia política, desacreditado el gobierno y despreciado el ejército que tanto se hizo respetar.

¿Y en virtud de que se nos presenta ese triste aparato? Los mexicanos no saben mas, sino que todo se ha hecho en virtud de una órden muy peregrina del general en jefe, no obstante de haber muerto moralmente para el ejército y para toda la república desde el momento en que fué hecho prisionero, porque desde entonces dejó de serlo todo, menos víctima de sus enemigos, y objeto digno del sentimiento de su patria, por su debilidad, quien no puede menos que confundirse al ver que el ejército haya prestado tan ciega obediencia á órdenes que no pueden ser sino de acuerdo y por instigaciones y amenazas de los enemigos, cuya astucia y depravacion sabrán sacar todo el precio que les convenga á sus fines, de la persona del miserable prisionero: razon por qué es para estremecerse al contemplar las consecuencias; pero estas prevéalas cada uno como pueda y déjese al tiempo su desenlace.

Este será muy grato, si se atiende á los buenos deseos del supremo gobierno, quien de preferencia se ocupa en vengar á toda la nacion de los ultrages que ha padecido y está sufriendo de esa parte agresora y corrompida del Norte-América. Dicen que al efecto el gobierno abunda en recursos para comenzar de nuevo la guerra que en nuestro concepto no será ya contra una pandilla de ladrones, que han sido los colonos; sino contra la nacion toda del Norte, segun se deduce de la conducta que con respecto á la insurreccion de Tejas, han observado tanto a uel gobierno, como el poder judicial, por mas que hayan procurado encubrir sus simpatias con la débil máscara de su escandalosa hipocresía; y mucho mas se deduce del empeño con que aquel congreso ha tomado la independendencia de Tejas, para decretar que aquel gobierno levante tropas y coopere á la consumacion de un robo tan infame y escandaloso. Y quién no ve en esas deliberaciones del congreso, que esa autorizacion equivale á la de facultar al presidente Jackson para que haga la guerra á México, no á la sordina, como hasta aquí se le ha

cho, sino muy abiertamente, atropellando con absoluta falta de pudor el solemne pacto que aquella nacion celebró con México, y que por fin se ha reducido á embustes?

Pero la cuestion entre los mexicanos consiste en si tiene ó no el gobierno recursos positivos para dicha guerra, y si estos podrán competir con los del Norte. Creemos que nadie se lastimará de que hablémos con franqueza sobre tan importante materia; y tambien creemos que no será un crimen el que emitamos nuestra opinion con los sanos deseos de prevenir males inmensos que amenazan á la república, y que se realizarán, si ella, ahora que es tiempo, no vuelve en sí de ese letargo en que todos vemos se halla su espíritu público, como si no presintiera mejor que nosotros, esos males, ó como si ya hubiera caído en aquel abatimiento con que se abandonan las naciones al destino. Aunque para resolver la cuestion y graduar el éxito de México en la guerra con los tejanos, nos bastará sin duda una ligera comparacion entrabnas repúblicas beligerantes; porque si bobamente perdemos de vista en la presente lucha la república del Norte-América, el asunto será perdido, y para siempre.

Describirémos, pues, ligeramente el estado político del Norte, por lo que hemos leído y oído acerca de esa nacion, funesta y agresora vecina de México, y el de esta desventurada, por lo que todos palpamos; sin lamentarnos sobre ella como Jeremías sobre la hermosa Jerusalem; porque aun no es tiempo de ello. Al efecto, tocaremos solamente aquellas circunstancias que naturalmente dan ventajas á una nacion sobre otra, y que en las agresiones suelen convertirse en irresistible poder.

Por principio de nuestra inferioridad asentemos que la república del Norte está sólidamente constituida mas ha de medio siglo, y México no solo no lo está ni medianamente en mas de quince años de independiente, sino que cada dia dá menos esperanzas de estarlo.

El Norte tuvo la discrecion de consultar su union desde el principio de su independencia; y al efecto, de pequeñas fracciones que eran, y débiles en sí por su diseminacion, se transformaron en un todo compacto y respetable, esto es, se confederaron y fijaron un centro de poder, que todos cuidan, acatan y sostienen.

México por la inversa, de un todo sólido que era, y por lo mismo fuerte y respetable, se dividió en fracciones impotentes, ridículas, y altaneras para figurar sin una fraternal armonía ni con los estados de la federacion, ni ménos con el centro que solo reconocieron para hostilizarlo, desobedecerlo y negarle los recursos para aniquilarlo. De aquí es que la federacion mexicana unas veces fué un monstruo con cabeza destituida de imperio para regularizar los demas miembros del sistema social; y otras fué por sí misma una cabeza troneira, débil y perversa para no concebir jamas el bien, y sí estar pronta prontísima para hacer el mal á la comunidad, como se vió en el gobierno de D. Guadalupe Victoria de funesta memoria; y tambien en el del padre de los pueblos, y capitán de las 499 batallas, el rudísimo Guerrero.

Los anglo-americanos desde la época de su independencia hasta la presente, han empleado el tiempo en su provecho, cuidando *estudiosamente* de conservar la paz en su república y de procurar á su sombra todos los medios posibles para su engrandecimiento.

Los mexicanos desde su independencia hasta esta fecha, solo han pasado el tiempo en disensiones domésticas, en vueltas y revueltas mas ó menos estrepitosas, y en especular la ruina del pais, que es su indudable consecuencia.

Los anglo-americanos al constituirse y despues de constituidos, ó no tuvieron un genio extranjero y malvado que los dividiese, ó fueron muy fuertes para resistir á sus subversiones y arterías.

Los mexicanos en el tiempo crítico de pretender

constituirse, tuvieron entre sí al astuto y perversísimo Poinsett, quien ha dejado entre ellos y acaso para siempre el germen de la discordia; porque muy bien conoció que cuanto mas en decadencia vaya este pais, tanto mayor será la prosperidad del suyo; y para tan inmoral empresa no encontró obstáculos, porque de luego á luego contó con la debilidad de muchos mexicanos, comenzando por el ejecutivo, el año de 27, quienes lo escucharon como á un oráculo y se le prestaron ciegameute atendiendo solo á su particular interes; tan detestable pandilla observa hasta el dia las perniciosas máximas y siniestros conatos de aquel tunante; razon porque son tan frecuentes las conjuraciones y rebeliones de los malvados, que han dado en no marchar por otra senda que las que les trazó Poinsett, y á cuyo efecto los dejó bien atados con las viles cadenas masonicas del pernicioso club de Nueva-York, y sometidos á la misma fatal influencia de otros extranjeros que viven con nosotros dentro de nuestra misma capital, v. g. Filisola.

Los anglo-americanos cuentan con una sabia legislacion que los anima para la industria y los conduce á su engrandecimiento; porque la seguridad y confianza son su mejor y mas incontrastable garantía; porque sus leyes han sido meditadas en la calma de las pasiones, discutidas por el positivo civismo de sus desinteresados é imparciales representantes, reformadas por el tiempo é irresistiblemente sancionadas no por quiméricas teorías, sino por la convincente fuerza de la experiencia.

Otro tanto no podemos decir los mexicanos, pues segun nuestros juriconsultos y tribunales de justicia, nuestra legislacion no pasa de una bromosa y complicada gerigonza, estampada en inmensos volúmenes, para que nunca nos entendamos y haga cada uno lo que quiera; porque en eso del castigo no pasan de un ligero relampago con la segura descarga de la impunidad en los delinquentes, y sus terribles estragos en la sociedad.

Los anglo-americanos para hacerse de tan bella legislacion, miraron con interes y circunspeccion el terreno que pisaban; halláronlo ruin y lleno de malezas, incapaz de alimentar al hombre que no lo empase con su excesivo sudor, porque la naturaleza no lo quiso favorecer al distribuir sus dones, como á México y otros paises; y he aquí que aquellos hombres consultaron á su ingenio para que este les proporcionase lo que naturaleza les negó. De allí procedió su industria, la cual protegida por *alguna propiedad* grande ó pequeña, ha ahanzado el civismo; se ha hecho constante en los norte-americanos, y cada dia mas y mas maravillosa hasta inspirar zelos á otras naciones que son sin duda las maestras de las generaciones del siglo XIX, y pesadumbres á México, porque en la industria de aquellos está el robarse por ahora á Tejas, y con el tiempo todo lo demas.

Los mexicanos, muy á la inversa, nacidos en el pais de la abundancia, y en donde la naturaleza acopió todas sus delicias, miraron su terreno, no ya colonos, sino *libres*, y recordando que bajo de sus pies está el oro y la plata, dijeron: no hay que salir de nuestra antigua pereza. La riqueza es abundante en nuestro pais, y para participar de ella, basta un empleo que nos haga depender del erario nacional. El sueldo de él será el mejor caudal y nuestra esclusiva propiedad. Hé aquí la razon de la desoladora empleomanía de los mexicanos, y la propension á las revoluciones para medrar cada uno á espensas del comun. Hé aquí tambien la razon de las malas leyes, pues generalmente los representantes trabajan por conseguir su eleccion, no para hacer la felicidad de la patria por medio de una discreta legislacion, sino porque es el mas seguro arbitrio de hacerse de una buena fortuna los que nada tienen, ó de aumentarla los que ya la disfrutan. Y no hay que fatigarse mu-

cho para eroceras; porque la prueba está á la vista de todos. De luego á luego entran ganando 33 duros y que los perciben, no hay duda, aunque el gobierno se ahorque y el pueblo rebiente de miseria; porque si para todo tienen letras, para sacar las dietas tienen fretas, y como de hecho son libres en su especulación, seguras son las ovenciones que valen mas de los 33 pesos. Por ejemplo, una ley de espulsion de españoles y de mexicanos por concomitancia: otra por exportar el oro y plata: la de introduccion de hilazas extranjeras para dejar pereciendo á innumerables familias de tejedores mexicanos y sembradores de algodón; y otras, y otras inicuas que por ahora no nos ocurren, no han de haber costado real y medio; sino muchos pesos que por premio suponemos hayan dado los extranjeros á ciertos diputados para que presenten proyectos de ley, y se esfuercen hasta lograr su sancion. Pero no para en esto la bonanza de un diputado, queda algo mas, y es el empleo con que muchos de ellos cargan, acabada su mal desempeñada mision.

Los anglo-americanos tienen una poblacion de trece ó mas millones de habitantes industriuosos, porque jamas promueven la guerra civil para destruirse, ni piensan en espulsiones para perder brazos ni caudales. Muy al contrario, cultivan la paz, y no omiten medio, legal ó ilegal, decente ó vergonzoso para hacer ir á su pais á hombres y dinero. Las puertas están abiertas de par en par para que libremente entren y salgan los que quieran. Ni al mas criminal se le cierran jamas; porque como aquel pais es el *refugium sceleratorum*, su pabellon los cubre, y las prontas y severas leyes substraen al gobierno y á la sociedad de todo temor sobre la conducta de los malvados, que buscan allí su asilo. Bajo este régimen un espíritu público estrecha intimamente á los americanos, cuando se trata de atraer el bien comun, ó de alejar el mal.

No así los mexicanos. Su poblacion, por lo que hemos oido incesantemente desde que nacimos, es de ocho millones de personas apáticas ó perezosas, aunque es verdad que están dotados del mas vivo ingenio y decidido valor. Uno y otro lo han empleado exclusivamente en pelearse y matarse desde la independencia acá. Sus mas grandiosos proyectos, ó de mas ruido, fueron espulsar á los mas honrados, útiles y ricos propietarios, sin perjuicio de seguir cultivando la discordia, para aburrir á otros y hacerlos salir voluntariamente. Las puertas de la república aun están cerradas para los honrados y ricos espulsos; pero muy abiertas para toda clase de pillos aventureros que vienen de Europa y del Norte-América, atraidos de las revoluciones nuestras; porque saben que con tales circunstancias es segura su fortuna, con solo el trabajo de impulsarias, y de tomar partido en ellas. Están ademas abiertas nuestras puertas para que salga nuestro oro y plata de toda especie, y nuestras bellas alhajas á trueque de trapizondas y fruslerías, y lo que es mas vergonzoso, de cobre acuartillado en Norte-América, y de cobre en lámina para sellarlo en esta capital, pues hay en ella porcion de casas constructoras de moneda falsa, sostenidas por extranjeros unas, y por mexicanos otras; sin que falten entre estos un diputado rico que especula en todo, menos en bulas falsas, porque ya no hay quien las compre; y un general del ejército. Estos crímenes continúan, como todos los demas que se perpetran en el pais; porque ó no alcanzan las leyes á contenerlos, ó la administracion de justicia es pésima, y tan vergonzoso es lo uno como lo otro; porque la consecuencia que palpamos es, que la sociedad zozobra de temores y perjuicios, y ni el gobierno mismo puede asegurar que está libre de asechanzas. A tan desgraciado régimen debe agregarse que las discordias políticas han dividido á los mexicanos en tales términos; que muchos son de sentir que en este pais no hay espíritu público, porque ven que estando Tejas amenazada hoy, ó algo mas, por los

norte-americanos, en los agredidos no se ve otra cosa que una absurda y escandalosa apatía en unos que debieran auxiliar al gobierno y volar en busca del enemigo; y en otros conjuraciones y asonadas de hombres que bien pudieran por ahora prescindir de sus rencillas y opiiones, y unirse al gobierno para salvar á su patria de quien son notoriamente traidores; porque emprender hoy cualquiera bulla que distraiga al gobierno, es proteger á los colonos en su guerra. Pero esto no es extraño cuando todo el mundo ha visto periódicos escritos por mexicanos sin otro objeto que sostener la insurreccion de Tejas, y procurar la derrota del ejército.

Con que tenemos á buena cuenta que en México, segun la opinion de algunos, no hay espíritu público, que es la columna á que debe atenerse un gobierno para salvar la patria; y á fé nuestra que con solo ese todo gobierno es invencible. Pero nosotros no pensamos como aquellos para hacer tal agravio á los mexicanos, destituyéndolos de aquel civismo que es natural en todos los pueblos. Lo que creemos es, que esa apatía que se nota justamente en los mexicanos, mas es cansancio en que ha caido la nacion en fuerza de tantas, tan repetidas y fastidiosas revoluciones en que tantos sacrificios se han espendido por parte de los hombres de bien por salvar la república; mas es recelo ó temor de otro nuevo chasco como los muchos que han pasado, y sobre todo, ese espíritu público lo forma el mismo gobierno; pero para ello necesita poder que hoy no tiene: désele, y entonces habrá gobierno y espíritu público.

Ayer ha dado cuenta el Exmc. Sr. secretario de la guerra al soberano congreso de los convenios que el general D. Antonio Lopez de Santa-Anna ha celebrado con los enemigos colonos de Tejas; y de las órdenes que para su cumplimiento ha espedido el prisionero Sr. Santa Anna, al que fué su segundo en la campaña, general Filisola. Mas el soberano congreso, así como el supremo gobierno, han visto con indignacion el proceder tanto de un prisionero de guerra que aun se suena presidente de la república y gefe de su ejército, como la pérvida y muy punible conducta del general Filisola al prestar su obediencia á unas órdenes que no ya en estado de esclavitud podrian ser valederas y obedecidas; pero ni aun en ejercicio del supremo poder podria emitir el Sr. Santa-Anna ni alguna otra persona; porque del terreno de una nacion y de sus derechos, nadie sino solo ella puede disponer.

Nosotros celebramos el noble y patriótico proceder del soberano congreso y del supremo gobierno, de cuyos esfuerzos debemos esperar la salvacion de la patria.

En cuanto á los crímenes en que ha incurrido el general Filisola, diremos, (permítanos el gobierno la libertad de recordarlo) que de la nada lo ha elevado la nacion hasta el grado de general, cuyos favores ha correspondido muchas veces con ingratitud y perfidia; porque á ello ha dado lugar esa IMPUNIDAD que ha de acabar con el pais si las leyes no son cumplidas.

Luego que han sabido ayer los yorquinos los progresos de los colonos á merced de la enorme debilidad del general Santa-Anna y criminal traicion de Filisola, comenzaron á esparcir tantos chismes y amenazas al soberano congreso y supremo gobierno, que podemos asegurar tienen en la mayor consternacion los ánimos de los habitantes de esta capital, y por este principio entendemos se reunieron anoche los principales y mas honrados gefes de la guarnicion, con el laudable y único fin de discutir la posicion en que se hallaban, conviniendo todos en que el general Santa Anna destituido de aquel heroismo que se le suponía, ha pensado trozarse ses cadenas con la mas negra traicion. Baste lo dicho para descargar de nuestra conciencia y para tranquilizar los ánimos perturbados.—EE.